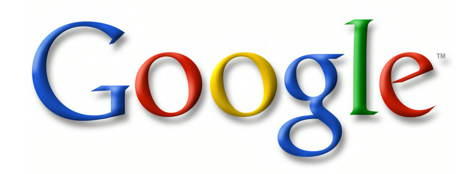




Del Mal El Menos

Tomás Rodríguez Rubí

DEL MAL EL MENOS,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Su autor

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.

PERSONAS.

DON FELIPE.
DOÑA SERAFINA.
DOÑA FAUSTA.
DON JULIAN.
DON SIMON.
DON MODESTO.
UN CRIADO.

ACTO PRIMERO.

Habitacion medianamente amueblada. En el fondo una puerta: á la derecha del espectador la alcoba de Serafina y la entrada á las habitaciones interiores: á la izquierda un biombo.

ESCENA PRIMERA.

DON FELIPE. DON MODESTO.

FELIPE. Perdido completamente:
no es posible estarlo mas;
por mi crédito en el juego,
Modesto, no doy un real.
MODESTO. Estraño que asi lo digas
con tanta jovialidad.
FELIPE. ¿Qué he de hacer? ¿Ponerme triste?
No, que pudiera llegar
á tal grado mi tristeza
que me llevara al canal.
MODESTO. ¡Jesus, hombre! ¿Y Serafina?
¿Tu hermosa y dulce mitad
consolara su amargura
con otra amargura mas?
FELIPE. ¡Qué sé yo! No hablemos de eso.
Tengamos la fiesta en paz,
y no me des mas consejos
en tono sentimental.
MODESTO. Yo si lo dije... fue solo
por su bien, y nada mas.
Tu esposa es bella, virtuosa,
y capaz de interesar...
FELIPE. A los ángeles... ¿no es eso?

MODESTO. A los ángeles... y aun mas.
FELIPE. A mis amigos tambien...
MODESTO. ¡Oh! Quién no la ha de admirar
al ver en ella reunidas
belleza, amabilidad,
sencillez en los modales,
un talento sin igual,
soltura, gracia, buen tono,
con aquel modo de andar
tan mágico y elegante,
tan misterioso y fugaz...
que parece el de una Sílfide,
ó el de una Maga Oriental.
FELIPE. Pues no le dije yo tanto
cuando la fuí á enamorar.
MODESTO. No me puedo contener
ni ser tampoco imparcial
cuando se trata de elogios
para una hermosa...
FELIPE. Es verdad;
y me parece que sientes
no haber sido su galan.
MODESTO. ¡Felipe! Calla por Dios.
Su galan yo... ¡No! (Ojalá.)
Tan solo soy entusiasta
por esa hermosa mitad
del género humano. Yo...
no lo puedo remediar,
pero ellas son mi alegría,
mi ventura, mi solaz,
son mi consuelo... mi todo,
mi ilusion, mi realidad.
FELIPE. Asi estás tú. De ilusiones
te debes pronto olvidar,
porque á una ilusion, Modesto,
ya pareciéndote vas.
MODESTO. Qué importa. Si acaso muero
alguna me llorará.
FELIPE. Buen consuelo, por mi vida.
Morir con seguridad

de que vayan en tu entierro
gimiendo algunas detras,
será cosa de irse luego
al cielo sin tropezar.

MODESTO. Qué sabemos...

FELIPE. Muy dichoso
tu fin, Modesto, será;
mas quisiera que en el mio
no hubiera tanta piedad,
si no morir de repente,
de pronto el susto pasar,
y luego en mí ni ellas ni ellos
á pensar volvieran mas.

MODESTO. ¡Me gusta la estravagancia!
¿Y por qué...?

FELIPE. Porque será
para echarme maldiciones
que me harán resucitar.

MODESTO. ¿Y quién será el desalmado
que con tal temeridad
se atreviese...

FELIPE. Mi muger
acaso en primer lugar.
He jugado y he perdido
su dote y todo el caudal
que para ella y otro hermano,
que se ignora dónde está,
depositaron en mí,
y yo despues en un As.

MODESTO. ¡Qué locura!

FELIPE. Sí, muy cierto.
Mas vaya usted á enmendar
los errores que comete
la inesperta mocedad.

MODESTO. Sin embargo, tú, Felipe,
ya puedes reflexionar...

FELIPE. Sí, Modesto, mas no puedo
el paso volver atras.
Jugando perdí mil onzas,
jugando acaso vendrán.

MODESTO. Yo no pienso de ese modo.
Eso es querer perder mas
y hacerse esclavo del juego
cuando no hay necesidad.
¿Pues no te dieron ha poco
un destino principal
que al año solo de sueldos
mil duros puedes sacar?

FELIPE. ¡Qué...! hombre, si ya he jugado,
y perdido, que aun es mas,
los sueldos de la primera
y segunda anualidad.

MODESTO. Pues entonces no te falta
sino á tu esposa jugar.

FELIPE. ¡Pobre muger de mi vida!
La ventura conyugal
que acaso podré ofrecerle
será miseria... y no mas.

MODESTO. ¡Oh...! ¿quién sabe? Habiendo juicio...

FELIPE. Juicio no puede haber ya.
Aqui viene don Simon.
Este es mi angel tutelar:
mi opulento americano
espléndido por demas.
Le debo tanto dinero...
¡Oh! ¡Mucho...! Es tan liberal...
Me presta cuanto le pido,
y siempre... ¿quiere usted mas?
me dice con estremada
delicadeza y bondad.

MODESTO. (A saber en tales préstamos
el fin que se llevará.
Si tendrá sus pretensiones...
pues no nos faltaba mas.)

FELIPE. Aqui llega.

MODESTO. Pues me voy.
¿Tu esposa dentro estará?

FELIPE. ¿Qué sé yo? Si no la he visto
en esta semana.

MODESTO. ¡Va!

(Qué marido tan insulso.
Yo la vendré á acompañar.)

ESCENA II.

DON FELIPE. DON SIMON.

FELIPE. Bien venido, don Simon.
Usted me trae la alegría.
SIMON. Y usted escita la mia
si no miente el corazon.
FELIPE. ¡Oh! Siempre tan delicado.
¿Cómo va?
SIMON. Por ahora bien,
y espero ustedes esten
tambien en el mismo estado.
FELIPE. De salud, gracias á Dios,
á los dos no nos va mal;
pero el humor no es igual
en ninguno de los dos.
SIMON. ¿Usted me dirá el por qué?
FELIPE. Sí señor: es deuda mia,
y fuera descortesía
guardar secretos de usté.
SIMON. Usted me hace sumo honor.
FELIPE. Usted se merece mas.
SIMON. ¡Ooo...! mas usted...
FELIPE. No, jamas...
SIMON. Diga usted lo del humor.
FELIPE. Eso, don Simon, consiste
en nuestra enemiga estrella.
Mi esposa la encuentra bella,
y yo taciturna y triste.
SIMON. No entiendo esa divergencia.
Cada cual su dicha labra...
FELIPE. Añadiré una palabra
y vereis la diferencia.
Es distinto nuestro humor
porque ella es siempre festiva,
y todo su bien estriba

en ser dueña de mi amor.
Por eso loca, importuna,
acaso esté de amor hoy,
en tanto que yo aqui estoy
maldiciendo á la fortuna.
Aqui nadie tiene apuros,
todos vienen sobre mí...
anoche en un *dos* perdí
copando quinientos duros.

SIMON. ¿Y se apura usted por eso?

FELIPE. ¡Digo! Yo pienso que es algo...

SIMON. Ps... yo aunque de nada valgo,
no embargante...

FELIPE. Confieso
que es usted muy singular,
y asi á su mucho despejo
quiero pedir un consejo.
¿Qué debo hacer?

SIMON. ¿Qué? Jugar
aunque se haga bancarrota.
Si *mil* un *dos* os llevó,
dos mil me figuro yo
os puede volver la *sota*.

(*Don Felipe abre el cajon de una cómoda y saca él una caja pequeña.*)

FELIPE. Está bien; lo seguiré.
Este es mi solo recurso,
y antes que llegue el concurso
á plaza lo sacaré.
A obedecer á usté empiezo.
Mi suerte está en esta alhaja.

SIMON. ¿Pues qué contiene esa caja?

FELIPE. Es el único aderezo
que le queda á mi muger.
Cien duros dará sin ceño
cualquiera por ser su dueño.

SIMON. Pues qué, ¿tanto vale? A ver...

FELIPE. Tome usted; no encontrará
ahí piedra que no sea fina.

SIMON. (¡Son de ella, de Serafina...!

¡Y brillantes! Bien está.)
¿Y tiene usted comprador?

FELIPE. Aun no he salido á buscarlo.

SIMON. Dificil será encontrarlo
siendo tanto su valor.

FELIPE. No tanto como parece,
porque en Madrid, á mi modo,
hay personas para todo
cuanto de pronto se ofrece.

SIMON. Pero hay hombre tan sutil,
por mas que no lo parezca,
que acaso por esto ofrezca
un *uno* valiendo *mil*.
Me ofende usted, en verdad.
¿Teme usted que no le abone
cuando á todos me pospone
y no acude á mi amistad?

FELIPE. ¡Oh don Simon generoso!
Yo á decir no me atrevia
á usted, esta boca es mia,
por...

SIMON. Mi caudal es cuantioso.
Vamos. ¿Cuánto ha menester?

FELIPE. Con otros quinientos duros...
tallando... un copo... y... seguros,
cuatro mil pudiera hacer.
Y con este capital,
que espero vaya medrando,
yo me iré desempeñando
con usted...

SIMON. ¡Qué original!
Soy solo y sin herederos
que me deseen la mortaja...
devuelvo á usted esta alhaja
que Dios libre de usureros.

FELIPE. No lo puedo permitir.
Consérvela usted...

SIMON. No, no.
Su esposa dirá que yo...

FELIPE. ¿Mi esposa qué ha de decir?

Al pronto lo sentirá;
pero en llegando á saber
que existe en vuestro poder
despues se consolará.

SIMON. Mas no quisiera sonara
que es en prenda...

FELIPE. No señor.
Es como prenda de amor,
de amistad. La cosa es clara.

SIMON. Sé sus bellos sentimientos..
Usted me hará que la admita...

FELIPE. Y espero que me remita
al instante...

SIMON. ¿Los quinientos?
Sí señor. *¿Quiere usted mas?*

FELIPE. Me bastan por esta noche.

SIMON. Pues voy á tomar el coche.

FELIPE. Y yo me marcho detras.

SIMON. ¿Va usted á salir de casa?

FELIPE. Sí, voy á ver á un amigo.

SIMON. Pues hácia el coche conmigo.

FELIPE. Su bondad no tiene tasa.

(*Al salir por la puerta del fondo se paran pa cederse múluamente el paso.*)

SIMON. Iguales los dos estamos.

FELIPE. Por favor...

SIMON. No, pase usted.

FELIPE. Hágame usted la merced.

SIMON. Usté antes...

FELIPE. No...

SIMON. Sí...

LOS DOS. Usted...

LOS DOS. Vamos...

(*Salen los dos á un tiempo.*)

ESCENA III.

DOÑA SERAFINA. DON JULIAN.

SERAFINA. ¿Es cierto te vuelvo á ver?

¿ó me alucina el deseo?

JULIAN. Lo mismo que dices creo,
y no sé qué responder.

SERAFINA. ¡Ah! ¡cuánto debo á tu amor!
¡soy tan desgraciada aqui...

JULIAN. ¿Eres mucho?

SERAFINA. Mucho, sí;
mas tú ahuyentas mi dolor.

JULIAN. Es cierto que cual ninguna
tu suerte debes sentir,
si no cesas de sufrir
el rigor de la fortuna.

SERAFINA. Su rigor no me desvela.
El ver, Julian, á mi esposo
menos tierno y amoroso
es lo que me desconsuela.

JULIAN. ¿Y ese es todo tu disgusto?
Amar, casarse, y despues
que el amor no dure un mes
á nadie causará susto.
Y no son doctrinas mias;
yo conozco matrimonios
que se dan á mil demonios
á los tres ó cuatro dias.

SERAFINA. ¡Oh! Tú siempre tan jovial...

JULIAN. Joviales fuimos los dos,
pero no ha querido Dios
que siga la suerte igual.
Yo me encontraba perdido
sin esperanza ninguna,
me fuí á buscar fortuna
y tú buscastes marido;
y cada cual encontró
todo aquello que buscaba;
tú, en fin, lo que te bastaba,
y lo que me basta, yo.

SERAFINA. Mas yo engaño padecí,
porque buscando el amor...
un marido jugador
fue solo lo que escogí.

SERAFINA. A Dios, doña Fausta,
mi dulce vecina:
(aqui está la posma
de todos lo dias.)
Yó siempre lo estoy
para mis amigas.
¿No toma usté asiento?

FAUSTA. Me voy, tengo prisa.
Me espera en su casa
mi prima Agustina,
la viuda del duque
de Vega-florida...
¿Está don Felipe?
De paso queria...

SERAFINA. No sé si está en casa.

FAUSTA. ¿De veras, amiga?
¿No está en ese cuarto?

SERAFINA. No.

FAUSTA. (Yo bien decia.)

SERAFINA. (¿Si acaso habrá visto...)
Si usted necesita
hablarle al momento...

FAUSTA. No es cosa precisa...

SERAFINA. No obstante, iré adentro
á buscarle yo misma.

FAUSTA. ¡Jesus! ¡Qué molestia
por cosa tan nimia!

SERAFINA. No; tome usté asiento:
aqui hay una silla,
y voy á anunciarle
tan grata visita.

FAUSTA. Pero...

SERAFINA. Pronto vuelvo.
(Si acaso imagina
que oculta mi cuarto
de amor una intriga,
salir de cuidados
podrá por sí misma,
y asi yo consigo
burlar su malicia.)

ESCENA V.

DOÑA FAUSTA.

Me gusta el apuro.
¡Jesus! ¡Qué cumplida...!
¡y cuántos estremos
de galantería!
¡Qué dulce es su genio!
¡Lo mismo que almibar!
Buscar á su esposo
asi tan solícita,
cuando solo quiero
que al verme me diga
si el corte le agrada
de mi papalina...
¿Y ella va anunciarle
mi grata visita...?
¡Qué dulce es su genio!
¡Lo mismo que almibar!
Mas ahora recuerdo...
¡pobre Serafina,
y qué mal manejas
de amor las intrigas!
Alli está escondido.
Vea usted, ¿quién me quita,
cuando aqui no tengo
testigos de vista,
entrar de rondon
y ver... ¡qué ignominia!
¿Y tanto talento
dicen poseía?
Recuerdo mis épocas
y... apártate, vista,
no quiero acordarme
de mis niñerías.
Pero ahora quisiera
saber en quién cifra
su amor y ventura...

ESCENA VI.

DOÑA FAUSTA. DON MODESTO.

MODESTO. (No está Serafina.)
FAUSTA. (*Se vuelve y sorprende á don Modesto en ademan de retirarse.*)
¡Puf! En don Modesto el tísico.
¡Válgame Dios! ¡qué mal gusto!
MODESTO. Señora...
FAUSTA. Se escapa usted
con muy poco disimulo.
MODESTO. Perdone usted que tan rápido...
FAUSTA. Por supuesto, ya presumo...
MODESTO. Sin haber hecho á usted antes
un respetuoso saludo...
FAUSTA. ¿Para qué? ¡Va! Son inútiles,
estando en tales apuros,
los cumplidos, y es mejor
que hacerlos, guardar el bulto.
MODESTO. No comprendo...
FAUSTA. Pues somnámbulo
será usted.
MODESTO. ¿Quién, yo? ¡Qué escucho!
FAUSTA. Precisamente, ó si no
se está usté haciendo el cartujo.
MODESTO. Señora... me quedo estático
oyendo á usted.
FAUSTA. ¡Ay qué chusco!
¿Piensa usted que no sabemos
aqui todos sus tapujos?
MODESTO. ¿Se burla usted?
FAUSTA. ¡Bien! ¡Magnífico!
MODESTO. Si no he tenido ningunos;
y por mas que pienso en ello,
señora, mas me confundo.
FAUSTA. ¿De veras? ¡Ja! ¡ja! ¡qué cándido
es usted!
MODESTO. Pues le aseguro

que no entiendo una palabra.

FAUSTA. ¿No entiende usted el asunto?
¿Será posible? (¡Qué hipócrita!)
Cuando es usted sustituto...

MODESTO. Si estoy yo libre de quintas.

FAUSTA. Pero no de hacer el buho.

MODESTO. De hacer yo... pues á ese pájaro...

FAUSTA. Usted se parece mucho.

MODESTO. Gracias.

FAUSTA. Lo digo porque
como estaba usted oculto...

MODESTO. ¿Adónde? ¿adónde?

FAUSTA. (¡Qué pícaro,
qué tísico, y qué conchudo!)
¿Quiere usted que le regale
los oidos?

MODESTO. Me atribulo
oyendo á usted esa cáfila
de preguntas y conjuros.
¿Se divierte usted, señora,
teniéndome asi confuso?

FAUSTA. Nada de eso. Llegó el término,
y ya nada le pregunto.

MODESTO. Pero, ¿y qué? con tal misterio
son mayores mis apuros.

FAUSTA. (Le voy á arrancar la máscara.)
Diga usted, señor intruso,
¿piensa usted que no le he visto
esconderse por recurso,
al sentirme, en esa cámara?

MODESTO. ¿Yo?

FAUSTA. Sí.

MODESTO. ¿Usted me vió?

FAUSTA. Lo juro.

MODESTO. Pues, señora, no hay remedio.
Los ojos de usted son nulos.

FAUSTA. ¡Cómo! Con que...

(*Hablan aparte.*)

ESCENA VII.

DICHOS. DON SIMON.

SIMON. Bien. Secretos
don Modesto y la vecina.
Y aqui no está Serafina...
Vaya, qué par de sugetos.
Felipe tampoco vino...
¿Si acaso estará su esposa...?
Voy á verlo, que no es cosa
de andar sin fruto el camino.
(*Entra en la alcoba de Serafina.*)

ESCENA VIII.

DOÑA FAUSTA. DON MODESTO.

MODESTO. ¿Y usted dice que me vió?
FAUSTA. Sí señor, digo que sí.
MODESTO. Pues si yo no estaba aqui.
FAUSTA. Pues señor, estaba yo.
¿Quiere usted volverme loca?
MODESTO. Se equivocó usted...
FAUSTA. No hay tal.
¡La viuda de un general
nunca, nunca se equivoca!
MODESTO. Pues señora, nada entiendo.
FAUSTA. No me convenzo. No, no.

ESCENA IX.

DICHOS. DON SIMON.

SIMON. Tampoco está.
FAUSTA. ¡Jesus!

MODESTO. ¡Oh!
¿Se va usted ya convenciendo?
FAUSTA. (¡Don Simon era...! ¡Qué horror!
¡Un hombre que antes de anoche
me llevó al café en su coche
y me fue haciendo el amor!)
SIMON. ¿De qué se admiran ustedes?
MODESTO. (¡Zelos...! dadme fortaleza.
Le he de romper la cabeza
aqui contra las paredes.)
SIMON. ¿Callan ustedes?
FAUSTA. (¡Malsin!)
MODESTO. Que lo diga la señora.
FAUSTA. Usted, usted.
MODESTO. Por ahora,
no.
SIMON. ¿Quién ha de ser en fin?
MODESTO. La señora, que es mas lata.
Escuche usted, ya comienza.
FAUSTA. No, no. ¡Jesus! ¡qué vergüenza!
Diga usted.
SIMON. ¿De qué se trata?
MODESTO. Se tratá... tan solo... pues...
de... que... como usted... ya sabe...
la... cosa... puede... ser... grave...
mas... yo lo diré despues.
Que prosiga la señora.
FAUSTA. Sí señor, proseguiré,
y haré ver la mala fé
con que se procede ahora.
(*A don Simon.*)
Usted ya me entenderá,
porque usted... (no sé qué digo.)
No puedo mas, me fatigo.
Siga usted.
MODESTO. Sí, bien está.
Aunque improvisar no sé
discursos, y... sin embargo,
quiero tomar á mi cargo...
pero despues lo diré.

Siga usted; porque no obstante...
SIMON. ¡Oh! Pues me gusta. ¡Qué diablos!
Ustedes con los vocablos
estan jugando al võlante.
FAUSTA. No señor. ¿Piensa usted juego,
cuando estoy llena de enojos?
¿No ve usted que estan mis ojos
de saña arrojando fuego?
¿Piensa usted no he de sentir
un proceder tan impío?
¡Ay pobre corazon mio...!
del seno quiere salir.
Mas no saldrá, no señor;
ni á usted causaré molestia,
porque sabrá mi modestia
ser igual á mi rubor.
Hasta que al fin se disipe
mi trem... ¡Jesus! ¿Dónde voy?
Ignívoma, loca estoy.
Voy á ver si está Felipe.

ESCENA X.

DON SIMON. DON MODESTO.

SIMON. ¡Estamos bien! Don Modesto,
¿no me dice usted qué es esto?
Yo me rio.
MODESTO. Pues si yo á usted lo esplicara,
puede que no le gustara,
Señor mio.
SIMON. ¿Qué dice usted?
MODESTO. Sí señor.
Por cierto es muy linda gracia.
SIMON. ¿Pero y cuál?
MODESTO. ¿Usted lo ignora?
¡Qué vida tan relajada!
SIMON. ¿Está usté haciendo oracion
mental?

MODESTO. No gusto de chanzas,
ni ser objeto tampoco
de epígramas, ni de sátiras.
SIMON. ¿Se enoja usted?
MODESTO. Bien pudiera,
cuando escucho bufonadas.
SIMON. Tiene usted fuerte la bilis...
MODESTO. Tengo lo que me da gana.
Si tengo bilis, mejor,
para eso usted tiene asma.
SIMON. Entre los dos no tenemos
nada que echarnos en cara.
Pero usted está conmigo
furioso. ¿Cuál es la causa?
MODESTO. Yo la sé.
SIMON. Sepamos cuál.
MODESTO. Usted lo sabrá mañana.
SIMON. ¿Y ahora no? ¿Pues cómo es eso?
MODESTO. Porque no encuentro palabras
para poder espresar
ambicion tan estremada.
SIMON. Pues yo le ayudaré á usted,
puesto que voces le faltan.
¿Ha podido algun desaire...
MODESTO. No señor.
SIMON. ¿Ó por desgracia
me han negado cuando usted
me fue á visitar á casa?
MODESTO. No señor.
SIMON. ¿Es sobre el juego?
MODESTO. No señor.
SIMON. Desconfianza
sobre algun... ¿Eh?
MODESTO. No señor.
(El tal vejete es un sátrapa...)
SIMON. ¿Pues sobre qué es la cuestion?
MODESTO. ¡La cuestion es sobre faldas!
SIMON. Del mal el menos, amigo;
me tenia usted en brasas.
MODESTO. (Mire usted con qué frescura...

vamos, le voy á hacer rajas.)

SIMON. ¿Con que seremos rivales
cuando asi usted se amostaza...

MODESTO. (¡Rivales los dos! ¡Rivales!
¿Eh? Vaya una patochada.)

SIMON. ¿Y no podremos saber
el nombre de nuestra dama?

MODESTO. (¡Qué tonillo y qué maneras!
Ya la paciencia me falta.)
Diga usted. Para su edad
y pretensiones, ¿no basta
poseer entero el cariño
de su amiga doña Fausta?

SIMON. ¡Doña Fausta! ¡Qué demonio!
¿Le ha dado á usted calabazas?
Nada importa. Se la cedo
á usted de muy buena gana.

MODESTO. No señor...

SIMON. ¡Pobre criatura!
¿Y tan voraz es la llama
que cunde por ese pecho,
que usted ya se figuraba
mi resistencia á entregarle
tan mal defendida plaza?

MODESTO. No señor. No es nada de eso,
ni yo tal me figuraba:
ni doña Fausta ni usted
me hacen falta para nada.
Solo siento, señor mio,
y me encocora y me carga,
que siendo usted tan decrépito,
aunque se oculta las canas
debajo del peluquin
y se ennegrece la barba,
y estando usted de la vida
dando ya las boqueadas,
se empeñe, en fin, en conquistas
que son para usted muy altas.

SIMON. Sean cualquiera, yo pienso
que á pesar de tantas faltas

como ha notado usté en mí,
le llevo mucha ventaja
para poder conquistar
el corazon de las damas.

MODESTO. ¿Ventaja? Solo en los años.

SIMON. Y tambien en cosas varias.

MODESTO. ¿Me las quiere usted decir?

SIMON. A la vista estan. Pues, vaya.
Yo no tengo como usted
una tisis consumada.

MODESTO. ¡Mentira...!!

SIMON. Ni soy enclenque...

MODESTO. ¡Hom...!

SIMON. Ni cargado de espaldas...

MODESTO. ¡Hum...!

SIMON. Ni tengo como usted
tan salientes las quijadas...

MODESTO. ¡Ham...!

SIMON. Ni los ojos hundidos,
ni, en fin, amigo, esa facha
que cualquiera la tendrá
por vision hospitalaria.

MODESTO. ¿Concluyó usted?

SIMON. Estas son,
por encima, las ventajas
que llevo á usted en el físico,
sin decir nada del alma.

(*Toma don Modesto una silla para arrojársela á don Simon, pero al ejecutarlo le faltan las fuerzas y la deja caer á muy corta distancia.*)

MODESTO. ¡Oh...! Tome usted mi respuesta.
¡Pero ah...! las fuerzas me faltan.

(*Don Simon toma otra silla y la tira con direccion á la puerta del fondo.*)

SIMON. Tambien en tirar las sillas
llevo á usted mucha ventaja.

ESCENA XI.

DICHOS. DOÑA SERAFINA y DOÑA FAUSTA. DON FELIPE sale por la puerta del fondo.

SERÁFINA. ¡Señores! ¿Qué estruendo es este?
MODESTO. Nada.
FELIPE. Don Simon, ¿qué pasa?
SIMON. Nada.
FAUSTA. ¿Lidiaban ustedes?
SIMON. } No.
MODESTO. }
FAUSTA. (Si las sillas hablaran...)
SIMON. Hemos tirado las sillas
tan solo por humorada.
FELIPE. Mas vale asi. Yo me alegro
del estruendo y la algazara.
(*Aparte á don Simon.*)
Supongo que traerá usted...
SIMON. Aqui en mi cartera se hallan
en billetes.
FELIPE. Pues adentro.
SIMON. Bien, al momento. Madamas...
FELIPE. ¡Qué...!
SIMON. Beso á ustedes los pies.
FAUSTA. (El diablo contigo vaya.)

ESCENA XII.

DOÑA SERAFINA. DOÑA FAUSTA. DON MODESTO.

SERAFINA. ¿Niega usted...?
MODESTO. No ha habido mas.
FAUSTA. (*Aparte á Serafina.*)
Yo averiguaré la causa.
(Lo mismo que yo la sabe,
sino que es una taimada...)

Perdone usted, don Modesto,
déme usté el brazo hasta casa.

MODESTO. Con mucho gusto, Faustita.

FAUSTA. ¡Faustita! ¡Ajay qué monada!
A Dios, amiga.

MODESTO. Señora....

SERAFINA. Felicidad.

FAUSTA. ¡Oh, Dios lo haga!

ESCENA XIII.

DOÑA SERAFINA.

La locura y la ambicion,
por vias opuestas marchan.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DON SIMON. DON FELIPE. DON JULIAN.

FELIPE. Yo me doy la enhorabuena,
y es un honor escesivo
el poder contar á usted
desde hoy entre mis amigos.
JULIAN. Mil gracias.
FELIPE. Mis facultades
y la casa en donde vivo
son muy de usted, don Fermin,
aunque todo es bien mezquino.
JULIAN. Yo agradezco, sin embargo,
ofrecimiento tan fino,
y otra vez me brindo á usted,
aunque yo de nada sirvo.
FELIPE. De mucho para mi aprecio,
y no me contemplo digno...
JULIAN. Yo tampoco en ese caso
de que me llame su amigo.
No en vano aqui don Simon
de usted mil elogios hizo,
porque muestra la esperiencia
que fue corto en lo que dijo.
FELIPE. Don Simon me aprecia mucho,
y la fuerza del cariño...
SIMON. ¡Oh señores! Por piedad
demos mano á los cumplidos,
porque es hora que los tres

hablemos ya como amigos...

IPE. Es verdad. Yo desde luego
acepto tan buen partido.

IAN. Yo tambien. Serán ustedes...

ON. El *ustedes* no es preciso.
La amistad no ha menester
para espresarse de títulos.
El *tú* da mas confianza,
y entre nosotros...

IPE. Bien dicho.
La franqueza ejerce en mí
un absoluto dominio.
(*Ofreciendo la mano á don Julian.*)
Hoy, Fermin, nos encontramos
del mundo en el laberinto,
y las manos nos tendemos
como hermanos, como amigos.
(*A don Simon.*)
Simon, hoy serán mas gratos
para nosotros los vínculos
de amistad que nos unian.
¡Oh! ¡Lloro de gozo, chicos!
Fraternidad en los tres,
y dadme otra vez los cinco.

IAN. (Aun no está su corazon
entero entregado al vicio.)
Con gusto te doy los brazos.

ON. Y yo, Felipe, los mios.

IPE. Venid, amigos, que aqui
leal á los dos recibo.
Yo no sé lo que me pasa;
yo me entusiasmo, me agito,
cuando resuena en mi pecho
el dulce nombre de amigo.
A ellos solo y los albures
mi vida entera dedico,
y cuando á los dos poseo
á nadie su dicha envidio.

ON. ¿Y de suerte, cómo vamos?

IPE. Muy mal, Simon. Yo no he visto

un hombre mas desgraciado.
Cuarenta duros y pico
me han llevado esta mañana
en el *elijan* de un *cinco*.

SIMON. Acaso eligiendo un *rey*
puede volver lo perdido.

JULIAN. (Buen consejo.)

FELIPE. Vuelvo luego,
y si á la suerte pellizco...

JULIAN. ¿Con que eres tan jugador?

FELIPE. Soy jugador, y de oficio.
Cuando estoy sobre el tapete
pierdo, Fermin, los estribos;
pero yo no tengo mas
que este vicio... conocido.

SIMON. Ese es vicio general.

JULIAN. Yo tambien digo lo mismo.
(Halaguemos sus deseos
y asi nos haremos íntimos.)
Yo tambien he aventurado
mi caudal, y lo he perdido,
y lo he vuelto á recobrar
mejorando en tercio y quinto.

FELIPE. ¿Al juego?

JULIAN. Pues claro está.

FELIPE. ¡Fermin! ¿Eso decís? ¡Lindo!
Me elegro saber que juegas,
seremos grandes amigos...
Pero tú querrás volver
á jugar, y no habrás ido
porque ignoras dónde estan
de la corte los garitos...
Yo te los enseñaré,
vendrás á jugar conmigo,
y te harás con relaciones
y verás á mis amigos,
y... qué sé yo. Pronto vuelvo;
en dos minutos me visto.

ESCENA II.

DON SIMON. DON JULIAN.

JULIAN. ¡Qué velitre!
SIMON. Es un cienpies.
JULIAN. Facilmente se alborota.
SIMON. No piensa mas que en la *sota*,
en *elijan*, y en *entres*;
vivir como un arlequin
y de su esposa olvidado...
JULIAN. ¿Pues qué, Simon, es casado?
SIMON. ¡Vaya! con un serafin.
JULIAN. ¿Es bonita?
SIMON. Como un sol.
JULIAN. ¿Y virtuosa?
SIMON. Tiene fama.
JULIAN. ¿Jóven?
SIMON. De veinte...
JULIAN. ¿Y se llama?
SIMON. Serafina de Querol.
JULIAN. ¡Qué escucho! ¿Entregó su mano
á Felipe? ¿Y está aqui?
SIMON. Sí está. ¿La conoces?
JULIAN. Sí,
soy amigo de su hermano.
SIMON. De su hermano... ¿y de ella?
JULIAN. Mas.
Si amores hemos tenido.
¿La trata mal su marido?
Voy á verla...
SIMON. ¿Dónde vas?
(¡Santo Dios! ¿Qué es lo que he hecho?)
La trata perfectamente...
Y es cada vez mas ardiente...
la llama que inunda el pecho.
JULIAN ¿No dices lo ha fascinado
el juego y que la olvidó?
SIMON. Es muy cierto; pero yo

puedo haberme equivocado.

JULIAN. (Ya, infame, te conocí.)

SIMON. (¡Y que yo lo haya traido!)

JULIAN. ¿No es cierto que su marido
al juego va siempre?

SIMON. Sí.

JULIAN. Pues si él con ella es ingrato
y su mal trato averiguo,
por vengar mi amor antiguo
donde lo pille, lo mato.

SIMON. (¡Vaya un hombre!) ¡Qué demonios
Terrible, Fermin, estás.
Cálmate, porque ademas
son cosas de matrimonios...
y como ellos habrá mil.
Estaba yo tan ageno...
Mas... ¿y el hermano?

JULIAN. Está bueno.

SIMON. ¿Y dónde está?

JULIAN. En el Brasil.

SIMON. ¿Y con fortuna mediana,
ó rica... considerable...?

JULIAN. Al contrario, miserable.
Un pliego traigo á su hermana
donde reclama la herencia
que sus padres le han dejado.

SIMON. Pues amigo, se ha quedado
á la luna de Valencia.

JULIAN. ¿Tambien la jugó?

SIMON. No hay mas,
ni queda esperanza alguna;
antes jugó su fortuna,
despues la de los demas.

JULIAN. Eso no es tener conciencia.

SIMON. ¡Qué ha de ser! Apuesto yo
que al juego se la llevó
y la perdió con la herencia.

JULIAN. ¡Maldito! ¿Qué ha de bastar
cuando con tal desenfreno
juega le suyo y lo ageno?

SIMON. No lo puede remediar.
Es su pasion favorita.
JULIAN. Y el otro espera la herencia
por salir de la indigencia...
SIMON. ¡Qué! ¿Tanto la necesita?
JULIAN. No tiene su suerte igual.
¡Tan desgraciado! Yo haré
se la vuelva. Acudiré
por ella ante un tribunal
que arranque su mascarilla,
y justicia alcanzaré.
SIMON. No es facil.
JULIAN. Pues pediré
que lo envien á Melilla.
SIMON. Es dificil alcanzar
remuneracion alguna
cuando perdió su fortuna...
JULIAN. ¿No tiene para jugar?
SIMON. Yo no te diré que no.
JULIAN. Pues es asunto acabado.
SIMON. Pero juega de prestado.
JULIAN. ¿Y quién se lo presta?
SIMON. Yo.
JULIAN. Eso me hace sospechar
que con secreta intencion
das pábulo... ¿Eh, Simon?
SIMON. No vayas á adelantar
el juicio.
JULIAN. Pudiera ser
que estando asi distraido,
se perdiera en el marido
y ganara en la muger.
SIMON. ¡Oh! ¡Vaya qué pensamientos!
JULIAN. ¿Hacemos alguna apuesta?
SIMON. Ella es virtuosa, modesta...
JULIAN. ¿Y son asi tus intentos?
SIMON. ¡Ooo...!
JULIAN. Vamos claros, Doncel.
Eso nada estraño tiene;
pero á los dos nos conviene

que estemos aqui sin él.

SIMON. ¡Qué diablura! Es inseguro...

JULIAN. Se le demanda.

SIMON. ¡Qué horror!

JULIAN. Por vago, por jugador,
y va á un presidio, seguro.

SIMON. Y bien, y quedamos dos...

JULIAN. Di mas bien que quedas solo.
Yo quiero vengar el dolo
de la herencia.

SIMON. (¡Hágalo Dios!)
Pero es mucha iniquidad...

JULIAN. (Ya cayó.) ¡Vaya! Me place.
¡Iniquidad! antes se hace
un bien á la sociedad.

SIMON. ¿Y cómo lo hemos de hacer?

JULIAN. Asi. En estas ocasiones
hacen falta relaciones...
¿Tú las tienes?

SIMON. Puede ser.

JULIAN. Está bien. Pues al momento
pueden dos ó tres amigos
declarar como testigos...
se presenta un pedimento...

SIMON. ¿Y si llega á sospechar...?

JULIAN. A sospechar... ¡que demencia!
Se le asusta con la herencia,
y al fin tendrá que callar.
Toma el pliego en que el hermano
reclama su patrimonio.

SIMON. ¡Venga acá! Hoy el demonio
nos tiende á los dos su mano.

JULIAN. Callar á los dos conviene.

SIMON. ¡Oh! como quien soy lo haré,
y bien sabes el por qué.

JULIAN. Silencio, que hácia aqui viene.

SIMON. En cuanto llegue, al momento
al juego vamos los tres.
Os dejo alli...

JULIAN. Y tú despues

vas á hacer el pedimento.
Eso me gusta. Sí, sí.
(Para tí ya no hay remedio.)

SIMON. (Despues buscaré yo un medio
para alejarte de aqui.)

ESCENA III.

DICHOS. DON FELIPE.

FELIPE. Perdonad si me he tardado.
Por huir de un acreedor
he estado en un corredor
todo este tiempo encerrado.

JULIAN. ¿Y se fue?

FELIPE. Con mil y mas.
Poniendo en el cielo el grito
se fue jurando el maldito...
y yo me salí detras.

JULIAN. ¿Le debes mucho?

FELIPE. Cien duros,
y ademas los intereses
de cuatro ó de cinco meses...
pero los tiene seguros.
Y si hoy pellizco á la suerte
le pago...

SIMON. Facil será.
¿Vamos?

FELIPE. Sí, vamos allá.
Amigos hasta la muerte.

ESCENA IV.

Empieza á oscurecer.

DOÑA SERAFINA.

¡Qué espantosa realidad!
Menguada suerte es la mia:
sola estoy durante el dia,

y sola en la oscuridad:
sin consuelo, sin amor
y en el olvido...
¡Qué triste es tener marido
jugador!

(*Un criado saca luces y se retira despues de colocarlas sobre un velador.*)

Yo no sé qué son placeres,
porque en mi dolor profundo,
muy lejos vivo del mundo
que habitan otras mugeres.
En cambio tengo dolor
no interrumpido...
¡Qué triste es tener marido
jugador!

ESCENA V.

DON JULIAN. DOÑA SERAFINA.

JULIAN. Serafina.
SERAFINA. Hermano mio.
JULIAN. ¿Estabas llorando?
SERAFINA. No.
Tan solo, Julian, pensaba
en mi triste situacion.
JULIAN. Pues me gusta por mi vida.
¿Cuando ya se consumó
mi plan te vienes ahora
con esa meditacion?
SERAFINA. Es preciso, porque ignoro
lo que haces en mi favor.
JULIAN. No es poco.
SERAFINA. ¿Cierto?
JULIAN. Seguro.
SERAFINA. ¿Y no me lo dices?
JULIAN. ¡Oh...!
Hay grandes descubrimientos,
está en la trampa el raton.
SERAFINA. No entiendo...

JULIAN. Vamos por partes
y lo entenderás mejor.
Soy amigo de Felipe
y tambien de don Simon.

SERAFINA. ¡Tan pronto! ¿es posible?

JULIAN. Sí, íntimo soy de los dos.

SERAFINA. ¿Y cómo ha sido?

JULIAN. Muy facil.
Don Simon me presentó
esta tarde á tu marido
con gran recomendacion,
y ha sido tal su amistad,
que aunque ignora quién soy yo,
le ha dicho á tu pobre esposo
mil cosas en mi favor.

SERAFINA. ¿Y en fin...?

JULIAN. En fin, ello ha sido
que en amistoso fervor
Felipe le dió los brazos,
y despues me tuteó,
y subió del entusiasmo
hasta el último escalon
cuando le dije..., mentira,
que era tambien jugador.

SERAFINA. Yo temo que por tu nombre
sospechen algo...

JULIAN. Eso no.
¿Acaso tú te figuras
soy tan mal enredador?
Para ellos soy *don Fermin*,
y *Julian* para los dos.

SERAFINA. ¿Y las cartas que traías
no dicen tu nombre?

JULIAN. No.
Porque al dejar este mundo
por otro mundo mejor,
y al ir buscando fortuna
desde el Sud al Septentrion,
me puse el Fermin Ordoñez
y dejé el Julian Querol.

SERAFINA. ¡Qué feliz casualidad!
¿Y estan en casa los dos?

JULIAN. No, salieron. A jugar
tu esposo me convidó
y á jugar los tres nos fuimos;
mas, teniendo precision
de hablar á solas contigo
é iniciarte en el complot,
busqué el medio de evadirme,
pretesté una ocupacion,
tomé las señas del juego,
y libre, en fin, de los dos,
observé desde una esquina
cuál era su direccion.
Vi que el viejo á pocos pasos
del otro se separó,
y que siguió tu marido
hácia la puerta del sol.

SERAFINA. ¿Tambien á mi pobre esposo
don Simon abandonó?

JULIAN. Y espero que pronto habrá
completa separacion.

SERAFINA. Pues si es su mejor amigo.

JULIAN. Es el perillan mayor
que he conocido.

SERAFINA. Lo tengo
en otro concepto yo.
A no ser por su prudencia
y por su buen corazon,
Felipe acaso estaria...

JULIAN. En las minas del Tirol...
¿no es verdad? ¡Qué candidez!
A no estar seguro yo
de tu pureza, y que tienes
en mas que nada tu honor,
creyera estabas de acuerdo
con el amigo Simon.

SERAFINA. No te entiendo.

JULIAN. Es porque ignoras,
Serafina, lo mejor.

¿Tú no sabes que ese viejo
con toda su proteccion
es un hombre criminal,
hipócrita y seductor?
¿Ignoras que su prudencia
y que sus consejos son
los que á tu esposo, sin freno,
al vicio arrastran veloz?
Pues si eso, hermana, supieras
pensaras de él como yo.

SERAFINA. Apenas puedo creer
lo que me anuncia tu voz.
Me admira el cómo tu ingenio
tanta maldad descubrió,
cuando puede bien decirse
que le conoces desde hoy.

JULIAN. La malicia facilmente
descubre la corrupcion,
y en él no ha sido muy corta
la que mi ingenio encontró.

SERAFINA. Mas ¿qué pruebas...

JULIAN. ¿Pruebas quieres?
Óyelas en relacion.
Hablando de tu marido,
y si era ó no jugador,
me dijo estaba casado
con Serafina Querol.
Hizo de tí mil elogios
con tanto fuego y pasion,
que pensé un plan, y sin duda
un angel me lo inspiró.
Le dije que en otro tiempo
amantes fuimos los dos:
que en mi ausencia me olvidastes
por un vago, un jugador,
y que acaso volveria
á entablar la relacion.
Que á tu hermano he conocido
en el Brasil... qué sé yo:
que reclamaba los créditos

que tenia en su favor,
y de él le entregué una carta
que traía á prevencion.

SERAFINA. ¿Y á qué conduce ese enredo?

JULIAN. Déjame hablar. Pues señor,
mi hombre dijo que era inútil
hacer la reclamacion,
porque la herencia hace tiempo
que con el juego voló.
Que él prestaba á tu marido
para jugar...

SERAFINA. ¿Don Simon?

JULIAN. El mismo. ¿Vas conociendo
á ese genio protector?
¿No comprendes, Serafina,
su depravada intencion?

SERAFINA. ¿Cuál puede ser?

JULIAN. ¡Inaudita!
Llevar á Felipe en pos
del crimen y la miseria,
alimentar su pasion,
y despues que esté perdido,
sin nombre, sin pundonor,
venir, sonar sus doblones
y ganar tu corazon.

SERAFINA. ¿Es posible?

JULIAN. Tan posible,
que él mismo lo confesó

SERAFINA. ¡Malvado!

JULIAN. Pues aun ignoras,
Serafina, lo mejor.

SERAFINA. ¿Qué mas me puedes decir?

JULIAN. La prueba de conclusion.
Se ha encargado con placer,
apenas lo indiqué yo,
de denunciar á tu esposo
ante un tribunal.

SERAFINA. ¡Qué horror!

JULIAN. Y sin duda el pedimento
fue á hacer, cuando dejó

ha poco á nuestro Felipe.

SERAFINA. Pero eso es, Julian, por Dios, sobradamente formal.

JULIAN. Nada importa, aqui estoy yo. Solo quiero á tu marido dar una fuerte leccion.

SERAFINA. ¿Y si presenta el escrito?

JULIAN. No temas; el borrador lo tengo que ver primero.

SERAFINA. De su mano os tenga Dios.

(*Suena la campanilla.*)

JULIAN. Verás qué bien... ¿Oyes?

SERAFINA. Sí, la campanilla sonó.

JULIAN. Don Simon será tal vez.

SERAFINA. ¿Quién dices?

JULIAN. (*Observando por la puerta del fondo.*) ¿Quién? Don Simon... El mismo. Despacio viene. Apuesto que ya escribió...

SERAFINA. ¿Me dejas sola?

JULIAN. Preciso. Oculta esa turbacion. Sé amable, condescendiente cuanto permita el pudor, y calla cuanto te he dicho.

SERAFINA. Bien; pero espera.

JULIAN. No, no, voy á buscar á Felipe.

(*Va á salir por la puerta del fondo y retrocede.*)

Está ya en el corredor... pero esta es mejor salida. A Dios, Serafina.

(*Vase por la alcoba.*)

SERAFINA. A Dios.

ESCENA VI.

DOÑA SERAFINA. DON SIMON.

(*Serafina, dando la espalda á la puerta del fondo, se sienta al lado del velador; toma un libro y se pone á leer. Don Simon aparece con la cartera en una mano y un papel en la otra, que introduce dentro de aquella.*)

SIMON. (Cuatro letras. ¡Celestial!
Las guardo, y ojos serenos.
Asi evito los barrenos
que hacen trizas mi caudal,
se larga, y del mal el menos.
¡Qué ocupada en la lectura!
Sola está... ¡qué encantadora!
No la vi tan seductora...
me embelesa esta criatura.
¡Oh...! Llego á hablarla...) Señora...

SERAFINA. Bien venido, don Simon.
¿A estas horas por mi casa?

SIMON. Señora... (¡Qué turbacion!
Yo no sé lo que me pasa.)

SERAFINA. ¿A qué debo la ocasion
tan grata de ver á usté?

SIMON. (No hay duda, vendrá á ser mia.)
Por bajo el balcon pasé,
vi luz, señora, y entré
para hacerle compañía.

SERAFINA. Yo agradezco su cuidado.
Hay quien esquivá mi lado,
y olvidando sus deberes...

SIMON. Yo fuí siempre aficionado
á acompañar... (las mugeres.)

SERAFINA. Es usted tan buen amigo...

SIMON. Pongo al cielo por testigo;
y seré con mi amistad
feliz, si verme consigo

esclavo de su beldad.

SERAFINA. Poco debe merecer
si vive olvidada asi
la beldad de una muger.

SIMON. ¿Olvidada? (Esto es por mí.)
Señora, puede bien ser
que usted juzge como olvido
lo que es encubierto amor...

SERAFINA. ¿Él, amor tan escondido?
prefiere ser jugador.

SIMON. (¡Aaa...! que era por su marido.)
Es por cierto doloroso
ver á ese hombre sin cesar
un dia y otro jugar
sin recordar que es esposo...
de esposa tan ejemplar.

SERAFINA. Siempre usted tan lisongero.

SIMON. No señora, tan sincero;
y quiero hacer á usted ver
que es recto mi proceder
y mi afecto verdadero.
¿Conoce usted esta caja?

SERAFINA. Mi aderezo...

SIMON. Sí señora.
Usted fue su poseedora,
y yo rescaté esta alhaja
para entregársela ahora.

SERAFINA. Perdone usted, don Simon;
pero no puedo admitir
sin rubor esa espresion...

SIMON. ¡Sin rubor! ¿Por qué razon?
(*Pone la caja sobre el velador.*)
¿Y yo debo consentir
que ya que está abandonada
se vea usted despojada
de sus joyas ademas?

SERAFINA. Don Simon, no hiciera mas
un amante por su amada.

SIMON. (Esta sí que es la ocasion.)
Señora, lo que es por mí...

ESCENA VII.

DICHOS, DON FELIPE.

FELIPE. Celebro encontrarte aqui.
SIMON. (¡No encontráras un cañon!)
FELIPE. (*Lo llama aparte.*)
Amigo, la mala suerte
sin cesar me ha perseguido.
Tu empréstito se ha perdido
por mas que he jugado fuerte.
SIMON. Adelante.
FELIPE. ¡Vaya un juego
maldito y endemoniado!
Yo pienso que le han echado
á las barajas el *pego*.
SIMON. ¿Y qué mas?
FELIPE. Yo no lo sé.
Solo te puedo decir
que he perdido sin sentir
cuantas cartas apunté.
SIMON. Sigue, sigue.
FELIPE. Con tal dar,
por salir de aquel estado,
ya loco, desesperado,
dije: "perder ó ganar."
Ya acierto, ya pierdo aqui,
sin fondos casi me hallo,
voy al copo en un caballo
y en la contraria perdí,
y al suelo con mis castillos.
SIMON. Y bien, ¿qué quieres?
FELIPE. ¿Qué quiero?
Que me des algun dinero
si tienes en los bolsillos.
SIMON. (*Le da la cartera y lo va empujando hasta que sale de la escena.*)
Toma. A Dios.
FELIPE. ¡Qué liberal!

SIMON. Ahí lo llevas en billetes.
FELIPE. Voy á arruinar los tapetes.
SIMON. (Yo pienso que mi caudal.)
FELIPE. A Dios, mi Simon querido.
SIMON. Vete á darles pasaporte.
FELIPE. ¡Oh! Voy á pedir el *corte*,
y si alcanzo lo perdido...
SIMON. A Dios.
FELIPE. A Dios.
SIMON. (¡Oh! ¡qué gastos!)
SERAFINA. (¡Qué atento con su muger!)
SIMON. (Por Dios que le he de poner
en la frente el *As* de bastos.)

ESCENA VIII.

DOÑA SERAFINA. DON SIMON.

SIMON. Señora, ¿qué dirá usted
del proceder de los hombres?
SERAFINA. (*Con marcada intencion.*)
Que hay muchos que solo pierden
y otros son los jugadores.
SIMON. Esa es una vagatela
que no merece se nombre.
SERAFINA. Hay algunos sin talento
que imbéciles no conocen
el verdadero sentido
que encierran las espresiones.
SIMON. Y hay otros tambien, señora,
que mueren por esos soles.
SERAFINA. ¿De veras? No son mis astros
por dicha esterminadores.
SIMON. ¿Qué no son? ¡Oh Serafina!
Yo juro que son arpones,
y... (*Suena la campanilla.*)
SERAFINA. Espere usted, que han llamado.
SIMON. (¡Vaya un llamamiento acorde!
¿Quién ha de decir sus cuitas
con tantas interrupciones?)

SERAFINA. Es don Modesto.
SIMON. (¡Oh! ¡Maldito!)
Serafina, usted perdone;
pero no puedo sin náuseas
estar delante de ese hombre.
SERAFINA. ¿Se va usted?
SIMON. No, que me escondo.
SERAFINA. Usted esconderse... y ¿dóude?
SIMON. En ese cuarto.
SERAFINA. ¡En mi alcoba!
SIMON. Usted á mal no lo tome.
Me escondo, porque es preciso
que hablemos mucho esta noche. (*Entr*
SERAFINA. ¡Ah! Julian no me ha advertido
lo que debo hacer... se esconde...
¿Si pensará el miserable
rendir la altivez del roble?
Volvamos á la lectura.

ESCENA IX.

DOÑA SERAFINA y DON MODESTO. DON SIMON en la coba, por cuya puerta asoma de tiempo en tie la cabeza.

MODESTO. (¡Qué escalera! Sin aliento
y huyendo de doña Fausta
á repararme aqui vengo.
¡Jesus qué arpía! Empeñada
en que por ella me muero.
Me muero... mas no es por ella,
que es por ese hermoso cielo.)
Buenas noches, Serafina.
SERAFINA. A Dios, señor don Modesto.
MODESTO. Yo sentiré interrumpir...
SERAFINA. ¡Oh! no señor; nada de eso.
Sepa usted que mis amigos
á la lectura prefiero.
SIMON. (Por mí lo dice. ¡Ah bendita!)
MODESTO. Mil gracias. (¡Oh! ¡Qué talento!)

No pensaba hallarla sola.

SERAFINA. ¿Y por qué?

MODESTO. Porque yo creo
que su amigo don Simon
no la abandona un momento.

SERAFINA. Don Simon me favorece
lo mismo que don Modesto.

MODESTO. Sin embargo, yo presumo
que él es hoy el predilecto...

SIMON. (¡El predilecto! ¡Oh placer!)

SERAFINA. Permita usted. No comprendo...

MODESTO. Y es sensible á la verdad
que usted con tanto talento
no esquive la entrada á un hombre
que todos saben su mérito.

SIMON. (¡Habrá bribon!)

SERAFINA. Algun dia
adoptaré sus consejos.

MODESTO. Ya ve usted, don Simon es...

SIMON. (¿Qué dirá...?)

MODESTO. Es... un estafermo.

SIMON. (¡Justicia de Dios! ¿Pues y él?)

MODESTO. Y peligroso en estremo...

SERAFINA. Si oyeran á usted creerian
que estaba dándome zelos.

MODESTO. ¡Señora! ¿Qué dice usted...?
En el corazon los llevo.
¡Oh...! No se equivocarian
si dijeran que los tengo.
¡Zelos! ¡Ah! Sí... sí señora,
á sus plantas lo confieso.

SERAFINA. ¡Qué hace usted...!

(*Aparece doña Fausta en la puerta del fondo, y corre hácia don Modesto.*)

ESCENA X.

DICHOS. DOÑA FAUSTA.

FAUSTA. ¡Lindo!

SERAFINA. (*Al verla esclama.*) ¡Jesus!
(*Y sale de la escena.*)

ESCENA XI.

DICHOS, menos DOÑA SERAFINA.

(*Don Modesto permanece de rodillas sin ver á Doña Fausta, y dice:*)

¡Me abandonas! ¡Qué te he hecho...!

(*Don Simon sin ser visto de doña Fausta, y solo á su tiempo de don Modesto, observa á este con el lente, y se rie.*)

SIMON. ¡Ja! ¡ja...!

FAUSTA. (*Sacudiendo el brazo de don Modesto.*)
Alce usted, coqueton,
seductor, mal caballero.

MODESTO. Por vida... ¿Hasta aqui tambien?

FAUSTA. Sí señor: hasta el infierno
he de seguirle los pasos.
¿Dónde estan sus juramentos?

MODESTO. ¿Pero cuáles?

FAUSTA. Ahí no es nada,
palabra de casamiento.

MODESTO. ¡Ay Jesus, qué disparate!
Me marcho...

(*Al tomar el baston y sombrero, que deberá tenerlos muy inmediatos, repara en don Simon, e que se oculta con rapidez.*)

(¡Pero qué veo!
¿A don Simon lo tenia
escondido en su aposento?)

FAUSTA. ¿Nos vamos ya?

MODESTO. No señora.
¡Estoy arrojando fuego!

FAUSTA. Cálmese usted, Modestito.

MODESTO. Déjeme usted. Al momento
voy á decirle que sé
sus intrigas y manejos.

FAUSTA. ¡Ay Jesus! (¿Se ha vuelto loco?)

(*Don Modesto va á salir por la misma puerta que Serafina, y doña Fausta quiere seguirle.*)

MODESTO. Quédese usted.
FAUSTA. No me quedo.
MODESTO. ¡Buf!
FAUSTA. ¡Ay! ¡La Vírgen me valga!
Modestito, don Modesto.
(*Vase detras de él llevándose la luz.*)

ESCENA XII.

DON SIMON.

Me ha visto ese desdichado.
¿Y qué hacer? Ya no hay remedio.
Lo mejor será escapar...
¡Magnífico! Mi sombrero.
Mañana al tísico incluyo
en el mismo pedimento.
Pero... ¡Ay de mí! ¿Qué me pasa?
¿Qué es lo que ahora recuerdo?
¡Se ha llevado mi cartera
y con el escrito dentro...!
Él la abrirá, ¡sí...! no hay duda,
y aun que se halla en un secreto...
¡él todo lo mirará
y verá aquel sacrilegio...!
¡Maldito sea Fermin...!
(*Suena la campanilla.*)
¡Ay Jesus! ¿dónde me meto?
¿Adónde me esconderé
que pueda escurrirme luego?

ESCENA XIII.

DON FELIPE. DON SIMON.

FELIPE. (*Dentro.*) Maldita suerte.
SIMON. (Aqui está.)
FELIPE. (*Sale como hablando con alguno dentro.*)
No, no necesito luz,

tengo fósforos. ¡Qué cruz
es la del juego...!
(*Tropieza con don Simon.*)

SIMON. ¡Ay!

FELIPE. ¿Quién va?

SIMON. ¿Quién? Nadie, porque soy yo.

FELIPE. ¿Es Simon?

SIMON. Creo... que sí.
¿La cartera?

FELIPE. La perdí.

SIMON. ¿Cómo?

FELIPE. Fermin la ganó.

SIMON. ¿Fermin dices?

FELIPE. Sí por cierto.

SIMON. ¿Pero Fermin nuestro amigo?

FELIPE. Di mas bien que es mi enemigo,
pues me ha levantado un *muerto*.

SIMON. ¿Es posible?

FELIPE. La verdad.
Los billetes, la cartera,
todo, todo, y mas que fuera,
me ha ganado.

SIMON. ¡Qué amistad!
(Respiro. No ha visto nada;
si ahora los indispongo,
en buen lugar yo me pongo
y salgo de la estacada.)

FELIPE. Pero di: ¡admiro tu humor!
¿á oscuras aqui qué hacias?

SIMON. Velar en tanto venias
tu nunca manchado honor.

FELIPE. ¿Cómo es eso?

SIMON. Yo he sabido
que ese Fermin y tu esposa
en otra edad mas dichosa
relaciones han tenido.
Él las quiere renovar,
y valiéndose de engaños...
y sin respetar mis años,
aqui nos quiere ultrajar.

Aun no se han visto los dos.
Cuida tú no llegue á ser.
Yo celaré á tu muger
y de ella respondo. A Dios.

ESCENA XIV.

FELIPE.

¡Qué amigo tan verdadero!
De estos no se encuentran hoy.
Él zela por mí... y yo estoy
jugando con su dinero.

ESCENA XV.

DON FELIPE. DON MODESTO.

MODESTO. ¡Venganza de don Simon!
¡Vaya si el viejo maquina!
Cortejar á Serafina
y en su propia habitacion
esconderse...
FELIPE. (Bien está.)
MODESTO. Lo estorbaré, ¡voto á brios!

ESCENA XVI.

DON FELIPE. DOÑA FAUSTA.

FELIPE. Pues son los amantes dos.
FAUSTA. ¿Don Modestito?
FELIPE. (*Esforzando la voz.*) ¡Quién va!
FAUSTA. ¡Ay...!
FELIPE. (Es la vieja. Ya escampa.)
FAUSTA. ¡Que me muero...!
FELIPE. (*Sacando luz de un fósforo.*)
¡Cielos!
FAUSTA. ¡Oh...!
FELIPE. ¡Señora! Aqui hay luz, soy yo.

FAUSTA. Maldita sea su estampa.
Mire usted cómo me he puesto.
Mas valiera que zelára
á su esposa y que evitára
el amor de don Modesto.

FELIPE. ¿Qué dice usted...?

FAUSTA. Nada mas.
Observe usté á su pareja,
porque ella sino, nos deja
in albis á las demas.

FELIPE. ¡Pero Fausta...!

FAUSTA. Hasta despues.
Lo dicho. Me voy, me voy.
¡Jesus qué convulsa estoy!

ESCENA XVII.

DON FELIPE.

Pues son los amantes tres.
¡Mi esposa infiel! Que sé yo.
De su fé á dudar empiezo...
(*Repara en la caja que don Simon puso sobre el velador.*)
¿Mas qué veo? ¿Es su aderezo?
El mismo. ¿Cómo volvió?
¿Mas si en tus manos lo ves
de qué sirve el meditar?
¡Oh! Vamonos á jugar,
que la honra irá despues.



ACTO TERCERO.

nisma habitacion, sin otros muebles que una si-
a, un velador, y sobre él un par de pistolas y
cado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

DON FELIPE.

¿Y ya qué puedo empeñar?
¿Las pistolas? No. Lo juro,
porque ellas en un apuro
de todos me han de sacar.
Ya era tiempo de pensar
en el honor que olvidé.
Si al vicio yo me entregué,
no por eso me he dormido...
Hoy recuerdo soy marido,
y por mi honor volveré.
Su alcoba... en ella entrará...
pero dentro hay otra puerta,
y si al entrar la ve abierta,
está claro, se saldrá.
Pues la cierro...
ıtra en la alcoba de Serafina; se oye cerrar la
uerta de escape. Vuelve á la escena, y se guar-
'a la llave.)
Bien está.
Si acaso su fé perdí,
hoy pienso ganarla asi.
Empecemos, pues, ahora
por llamar á mi señora.
(*Tira del cordon de la campanilla.*)
¡Magnífico! Ya está aqui.

ESCENA II.

DOÑA SERAFINA. DON FELIPE.

SERAFINA. ¿Me llamabas?
FELIPE. Sí, querida.
Deseaba hablarte á solas...
SERAFINA. (*Fijando la vista sobre las pistolas.*)
¡Ah!
FELIPE. ¿Te asustan las pistolas?
Yo no soy *angelicida.*
(*Recoge las pistolas y las cuelga de la pared*
SERAFINA. ¿Y qué se debe estrañar
en quien vive como tú?
FELIPE. ¡Por vida de Belcebú...!
Deja de moralizar.
SERAFINA. Asi lo haré. ¿Me has llamado?
FELIPE. Sí por cierto.
SERAFINA. ¿Para qué?
FELIPE. Toma asiento.
SERAFINA. Me senté.
FELIPE. ¿Me amas mucho?
SERAFINA. (*Pausa.*) Demasiado.
FELIPE. ¿Meditas?
SERAFINA. Pensaba en tí.
FELIPE. ¿Y qué piensas?
SERAFINA. Qué sé yo.
FELIPE. ¿Te agradan mis hechos?
SERAFINA. No.
FELIPE. ¿Por qué es eso?
SERAFINA. Porque sí.
FELIPE. Me has dejado convencido.
SERAFINA. Tambien lo estoy yo...
FELIPE. ¿De qué?
SERAFINA. De tu amor...
FELIPE. ¡Oh! bien se ve.
SERAFINA. ¡No tiene igual mi marido!
FELIPE. Tú sí que eres sin igual.
Un angel aqui en el suelo.

Sí, Serafina, y modelo
de ternura conyugal.
Solo que eres tan medrosa
que al alejarme de tí,
dos ó tres suplen aqui...
¡Va! No tiene igual mi esposa.

SERAFINA. Aunque eso no llegó á ser,
estando libre y sin guia,
tal proceder merecia
quien olvida á su muger.

FELIPE. Mil gracias por el favor.
Tanto por mí te desvelas,
que tienes... *tres* centinelas
para guardarme el honor.

SERAFINA. La virtud no ha menester
ser velada en su pureza,
porque es una fortaleza
que defiende á la muger.

FELIPE. Será asi; no hablemos mas
de la virtud femenina,
porque hoy, mi fiel Serafina,
muy metafórica estás.

SERAFINA. Tambien hoy á mi marido
muy chusco lo encuentro yo.

FELIPE. ¿Y no sabes por qué?

SERAFINA. No.

FELIPE. Pues es porque está perdido.

SERAFINA. Eso no es nuevo.

FELIPE. Es verdad.
Ayer era por dinero;
pero hoy es por mas, y quiero
conjurar la tempestad.

SERAFINA. Bien pensado.

FELIPE. Es menester
sacar partido de todo,
y hoy pienso jugar de un modo
que no me esponga á perder.

SERAFINA. ¡Admirable!

FELIPE. Es singular
el plan que tengo pensado.

Por él solo te he llamado...
escribe una circular.

SERAFINA. ¡Yo!

FELIPE. Sí. Ahí tienes papel
y plumas y...

SERAFINA. No comprendo...

FELIPE. Nada. Tú irás escribiendo
lo que yo te dicte en él.

SERAFINA. ¿Con que hoy secretaria...?

FELIPE. Sí,
mi confidenta, mi todo.

SERAFINA. Vamos á ver de qué modo.
Ya te escucho.

FELIPE. Escribe.

SERAFINA. Di.

FELIPE. "*Si un amor es verdadero*
no se amortigua jamas."

SERAFINA. Jamas.

FELIPE. Basta.

SERAFINA. ¿Nada mas?

FELIPE. Nada mas; asi lo quiero.

SERAFINA. Es concisa la oracion,
y sentenciosa sin fin.

FELIPE. Venga, venga. (Este á Fermin,
y ahora el de don Simon.)
Vamos otro.

SERAFINA. ¿Y no dirás
antes qué es esto?

FELIPE. Despues,
cuando hayas escrito tres...

SERAFINA. ¿Qué?

FELIPE. Tú te contestarás.

SERAFINA. Lo celebro.

FELIPE. Tambien yo.

SERAFINA. ¿Qué pongo?

FELIPE. Un interrogante.

SERAFINA. ¡Ooo!

FELIPE. "*¿Os podrá ver al instante*
quien anoche os escondió?"

SERAFINA. (¡Qué chasco se va á llevar!)

¿Escondió?

FELIPE. Cierra.

SERAFINA. Cerré.
Nunca yo escribir pensé
tan estraña circular.

FELIPE. Caprichos del mundo son...
pero vamos al tercero.

SERAFINA. El que lo dictes espero.

FELIPE. ¿Sí? Pon una admiracion.

SERAFINA. Tanto adornas, alma mia,
tus pensamientos malignos,
que vas á apurar los signos
de toda la ortografia.

FELIPE. No importa, pon...

SERAFINA. Y van tres.

FELIPE. Y con este se acabó.
"*¡Cuánto anoche me agradó*
veros sumiso á mis pies!"

SERAFINA. Mis pies.

FELIPE. Muy bien. Libre estás.

SERAFINA. ¿Van sin firma?

FELIPE. Sí; adelante.
Ellos dicen lo bastante,
y sin firma, mucho mas.

SERAFINA. Pero ya escribí los tres,
y no por eso entendí
este embrollo.

FELIPE. ¿Cierto?

SERAFINA. Sí.

FELIPE. Tú lo entenderás despues,
porque interesa á los dos.

SERAFINA. ¿Sales?

FELIPE. Sí.

SERAFINA. ¿Vas á tardar?

FELIPE. Voy á hacerlos circular
y vuelvo al momento. A Dios.

ESCENA III.

DOÑA SERAFINA.

¿Qué intenta mi dulce esposo?
¿Sorprenderme? Puede ser.
Pero era tan otro ayer...
¿Si se habrá vuelto zeloso?
Qué afectado y misterioso...
Él juzga favorecidos
á tres rivales fingidos...
¡Oh...! Me alegro. Bueno fuera
que con esto á ser volviera
el Fenix de los maridos.

ESCENA IV.

DOÑA SERAFINA. DON JULIAN.

JULIAN. Siempre haciendo soliloquios.
SERAFINA. Y tú enredos.
JULIAN. No lo creas,
porque en sernos favorable
hasta la suerte se empeña.
SERAFINA. ¿Has visto á Felipe?
JULIAN. Sí.
Estaba de centinela
esperando la ocasion
de contarte cosas nuevas,
cuando le he visto salir
y entrar haciendo piruetas
en esa casa de enfrente
que tiene honores de cueva.
SERAFINA. Irá á ver á doña Fausta.
JULIAN. Bien, vaya á ver á quien quiera;
yo tan solo me he esmerado
en pillarle bien las vueltas
para subir hasta aqui
sin que mi hombre lo advierta.

¡A mí prenderme...! ¿y por qué...?
¡Y un amigo...! ¿Será cómplice
de esta intriga mi muger?
¿Pues qué motivos de ofensa
pueden tener ella y él?
¿No me incitaba á jugar?
¿No me prestaba tambien?
Mas... ¡ay! ¡La causa comprendo
de tanto desinteres!
¡Qué ciego...! ¡qué ciego estaba,
que á descubrir no llegué
la perfidia de un amigo,
la maldad de una muger!
¡Qué desengaño tan duro!
¡Oh! ¡Qué leccion tan cruel
para el que necio abandona
la senda de la honradez!
Pero no... calma. Tranquilo
aqui los esperaré:
sabré burlar sus intentos...
y si no lo llego á ver,
si quieren sacrificarme...
entonces me vengaré.

ESCENA VII.

DON FELIPE. DON MODESTO.

DESTO. ¡Oh...!
LIPE. Adelante, don Modesto.
¿Por ventura asusto yo?
DESTO. Nada de eso... ¡Qué! sino...
que al entrar... (¡Ay Dios! ¡qué gesto!)
LIPE. Tropezastes.
DESTO. Eso, sí.
LIPE. Yo al pronto me figuré
que te turbabas, porque
me encontrabas aun aqui.
DESTO. (Vive el cielo que acertó.)
Bien sabes que mi amistad...

FELIPE. Cierto. Y de ella á la verdad
no dudo ni un punto yo.

MODESTO. ¿Y de juego vamos bien?

FELIPE. De juego vamos tal cual.
¿Y de conquistas; qué tal?

MODESTO. Ps... tal cual voy yo tambien.

FELIPE. ¡Magnífico!

MODESTO. (Estoy sudando.
Aqui hay trampa.) ¿Y tu señora?

FELIPE. ¡Oh...! Tal vez estará ahora
sus liviandades llorando.

MODESTO. ¡Qué dices! ¿Pues dónde está?

FELIPE. Encerrada.

MODESTO. ¡Hombre! ¿Y por qué?

FELIPE. Porque un hecho averigüé
que pide venganza.

MODESTO. ¡Ah!

FELIPE. Fue mucho lo que pecó.
Anoche... alli abandonada,
de su deber olvidada...
¿Ves? ¡alli me ofendió!

MODESTO. ¡Oh...!

FELIPE. Aun me parece que está
su sombra... ¿La ves? ¿la ves?
Alli se arrojó á sus pies...
Mas no...

MODESTO. ¡Oh!

FELIPE. ¡Alli no está...!

MODESTO. ¡Ah!

FELIPE. Porque á conocerlo yo
diera fin á mis querellas...
(*Señala á las pistolas.*)
¡Mira! ¿Las ves? Pues aquellas
vengarán mi honor.

MODESTO. ¡Ah! ¡Oh!!

FELIPE. Y ese galan atrevido
no dejará mi honor puro
hasta que muera... ¡lo juro!

ESCENA VIII.

DICHOS. DOÑA FAUSTA.

JSTA. (Vaya, está con el marido.)
Señores...

DESTO. ¡Oh!

IPE. Bien venida.

USTA. Don Modesto...

DESTO. Doña Fausta...
¡Oh qué muger tan infausta!
¡Qué vieja tan homicida!

on Felipe se aparta un poco y se pone á leer otra vez el papel que contiene la cartera. Doña Fausta y don Modesto bajan la voz.)

JSTA. ¿Está usted mas sosegado?

DESTO. ¿De qué?

JSTA. De anoche...

DESTO. ¡Por Dios!
que se quede entre los dos.
¡Por Jesus crucificado!

JSTA. No señor. ¡Viven los cielos...!

DESTO. ¡Faustita! ¡Que soy perdido...

JSTA. ¡Engañar asi á un marido
y escitar asi mis zelos!

DESTO. Por Dios..., doña Fausta bella...

JSTA. ¡No le quiero á usted oir!

DESTO. (Vamos, me hará consentir
hasta en casarme con ella...)

JSTA. ¿No es cierto que arrodillado
anoche encontré á usted yo?

DESTO. Sí, mas de alli no pasó...
y bien purgo mi pecado.

l sacar el pañuelo, sale tambien el billete que Serafina escribió para él. Doña Fausta lo alza del suelo sin que lo advierta don Modesto.)

(¡Cuál sudo! Me voy, y despues
no vuelvo á esta casa, no.)

JSTA. (*Leyendo.*)
"¡Cuánto anoche me agradó

veros sumiso á mis pies!"

MODESTO. ¡Ay de mí...!

FAUSTA. ¿Qué es esto, amigo?

MODESTO. ¿Eso...? un papel... un billete...
que... yo... cuando... no interprete
usted... (No sé lo que digo.)

FAUSTA. Es usted el mas villano...

MODESTO. ¡Chí...! (¡Oh si el otro lo ve!)

FAUSTA. ¡Felipe!

MODESTO. Me casaré...
¡seré su esposo!

FAUSTA. Me allano.

FELIPE. (*Guardando el papel y la cartera.*)
(¡Infame!) ¿Qué es ello?

FAUSTA. Nada...
Darle á usted conocimiento
de mi pronto casamiento.

MODESTO. (Vamos... ¡Está endemoniada!!)

FELIPE. Doy á usted la enhorabuena.

MODESTO. Mil gracias.

FELIPE. ¿Pues qué, es contigo?

MODESTO. (Maldita lengua.) No... digo...

FELIPE. ¿Pues con quién...?

FAUSTA. (De ira me llena.)

(*Bajo á don Modesto enseñándole el papel.*)

¿Vacila usted? ¿Ve usted esto?

MODESTO. ¡Oh! Sí señora... ¡lo dicho...!

FAUSTA. (*A don Felipe.*)
Véalo usted. Por un capricho
he elegido á don Modesto.

MODESTO. (¿Esto mas? ¡Venga un cordel!)

FELIPE. ¿Te casas?

MODESTO. Hombre...

FAUSTA. Y gozoso.

FELIPE. ¡Modesto!

MODESTO. ¡Felipe...!

FAUSTA. ¡Esposo!!!

(*Suena la campanilla.*)

FELIPE. ¡Silencio! (Sin duda es él.
Que no los encuentre aqui...)

¡Pronto! Esconderse...

ESTO. ¿Los dos?

PE. Sí, sí.

TA. Y juntos.

ESTO. (¡Voto á Brios!)

PE. ¡Vamos!

TA. ¿Adónde...

PE. (*Señalando el biombo.*)
Alli.

ESTO. (¿Qué pecado, por mi mal,
he cometido tan grave...?)

1 Modesto se oculta. Doña Fausta va á hacer lo ismo, la detiene don Felipe y le dice:)

PE. Tome usted: esta es la llave
que guarda alli á su rival.
Cuando yo salga de aqui,
la deja usted libre.

TA. Bien.
(Soy confidenta tambien...)

PE. ¿Promete usté hacerlo?

TA. Sí. (*Se esconde.*)

ESCENA IX.

DICHOS. DON SIMON.

PE. Ya le espero mas tranquilo.
Que venga el infame ahora.

N. A Dios, Felipe.

PE. Buen dia.

N. (Me engañé, no está su esposa.)
¿No sales, querido mio...?

PE. (*Señalando á las pistolas.*)
Saldré... y con aquellas.

N. ¡Hola!
¿Vas á tomar por asalto
alguna mesa redonda?
No hagas tal. Aun tengo yo
para mi amigo cien onzas.

PE. Guárdalas, sí, de mis ojos,

porque el verlas me inficiona.
Guárdalas... porque no quiero
trocar tesoros por honra.

SIMON. ¡Qué dices!

FELIPE. Las llevaré
para guardar mi persona;
para buscar á un malvado
que se ha atrevido á mi esposa...
y partirle el corazon
aunque el infierno lo esconda.

SIMON. Pero... (¡cielos!) no comprendo...

FELIPE. (*Enseñándole la cartera.*)
¿Lo vas comprendiendo ahora?

SIMON. ¡Oh! ¡Dios mio!

FELIPE. ¡Infame, tiembla!
(*Le arroja la cartera.*)
¡Contempla tu crimen, toma!
¿Lloras? ¿Es de arrepentido,
ó solo por miedo lloras?
¡Tú sentirás mi venganza...!
crimen por crimen, no importa.

SIMON. Felipe... (¡Ay Dios, qué agonía!)
Escucha un momento... ¡y obra!
Yo venia preparado
para decírtelo ahora.
Me he visto comprometido
para escribirlo... ¡perdona!
Pero... Fermin... esta carta...
entérate de ella... toma.

(*Se la entrega. Don Felipe la lee para sí. Don mon continúa.*)

(¡Oh! ¡Quiera el cielo se calme!
El susto... el miedo me acosa.
¡Oh...! ¡Cómo arruga la frente!
Ese mirar me trastorna.
¿Qué es lo que va á sèr de mí?
Esta fatiga me ahoga...
¿Se me puede exigir mas
que cantar la palinodia?)

FELIPE. ¡Oh... qué golpe! ¡Este recuerdo

el corazon me destroza!
¡Adónde me ha conducido
mi conducta...!

SIMON. (Esta ya es otra.
¡Oh... qué idea! En el peligro
se adquieren las mas famosas.)
Deja las lamentaciones,
valor y ánimo recobra
y busquemos un remedio,
porque es lo que mas importa.
Todo se puede salvar
con una fuga... y si es pronta...
es lo mejor. Vamos, vete
á cualquiera parte en posta.
Si te hace falta dinero
yo tengo bastante, toma...

FELIPE. No señor, ya no me sirve.
¡No...! Guárdese usted sus onzas,
porque vaya donde quiera
me seguirá la deshonra.
¿Sé irán los remordimientos
que me estan ahogando ahora?
¿Hallaré la rica herencia
en algun rincón de Europa?
¿Seré feliz...? ¡Imposible!
¡Hasta el cielo me abandona...!
¡No me queda otro recurso
que el plomo de mis pistolas!

(*Vase hácia ellas y las alcanza, á cuyo tiempo salen doña Fausta y don Modesto. Este pretende quitar á Felipe las armas. Suenan golpes en la puerta de la alcoba de Serafina. Don Simon con aparente frialdad.*)

MODESTO. ¡Felipe! ¡Por Dios!

FELIPE. ¡Dejadme!

FAUSTA. Mire usted que al cielo enoja.

SERAFINA. (*Dentro.*) ¡Abrid! ¡Abrid!

FAUSTA. Voy á hacerlo,
porque ella al fin es su esposa...

SIMON. ¡Hola! Estaban escondidos...

Incorruptible, leal...
Vamos, yo no he conseguido
sino perder mi caudal.

JULIAN. El cielo le ha castigado.
Júntese usted con los buenos.
Ya va usted aconsejado.
Si su caudal se ha menguado,
don Simon... *Del mal, el menos.*

SIMON. Sí señor... ¡Oh! Bien se ve.
Me conformo... Sí, es muy cierto.
Lo que queda lo emplearé...
no hay conventos, pero iré
á fundar uno al desierto.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, menos DON SIMON.

JULIAN. ¡Vaya si lo ha edificado
al vejete mi sermon!
¡Cuál corre! ¡Pobre Simon!
Parece un perro escapado.
(*A don Felipe.*)
Pero... señores, ¿qué es esto?
¿Ahí te estás? Apostaria
que recuerdas todavía
el amor de don Modesto.

MODESTO. (*Sobresaltado.*)
Don Julian, usted procura...

JULIAN. La escusa se la perdono.
Tiene mi hermana en abono
su conciencia limpia y pura.
(*A don Felipe.*)
Dudas de ella y sin razon.
Lo sé todo; todo, sí.
Mi hermana es digna de tí...
anda y pídele perdon.

FELIPE. ¡Ah Julian! Me haces dichoso,
porque ya aprecio la vida.
(*A doña Serafina.*)
¿Me perdonas?

SERAFINA. ¡Sí!
FELIPE. ¡Querida!
SERAFINA. ¡Felipe, mi buen esposo!
FELIPE. ¡Perdona! La juventud
cuando va desenfrenada,
no saluda la morada
del honor y la virtud.
Mas si calma el frenesí,
se arrepiente de su error,
y ante la virtud y honor
se postra... ¡cual yo ante tí!
SERAFINA. No, Felipe. ¡Amantes lazos
concede á quien te lloró...!
á quien de nuevo encontró
la ventura entre tus brazos.
Cesó mi angustiado afan.
Ya mis penas han huido...
¿Y tú, mi hermano querido?
FELIPE. ¡Ah mi virtuoso Julian!
JULIAN. ¡Bravísimo! ¡Bien por Dios!
Apretad, hijos; bien hecho.
Me vais á romper el pecho
agradecidos los dos.
FAUSTA. Aprenda usted.
MODESTO. ¿Yo, señora?
FAUSTA. Sí señor.
MODESTO. Vaya; me place.
FAUSTA. En llegando nuestro enlace...
MODESTO. ¡Va! con lo que sale ahora.
FAUSTA. ¿Qué se entiende? ¿Y la promesa
de desposarse conmigo?
MODESTO. Pongo al cielo por testigo
que aquello fue... una sorpresa.
Son distintas las edades.
¿Y usted lo pudo creer?
¡Cá! Yo no quiero muger
con sesenta navidades.
FAUSTA. ¡Oh... qué lengua de escorpion!
¿Adónde irá usted, don Tísico,
á enamorar con su físico?

